



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILÍA DEL IV DOMINGO DEL TIEMPO DE ADVIENTO, CICLO C 22/XII/2024

Muy queridos hermanos,

Dentro de dos días, escucharemos el mensaje de los ángeles a los pastores: *“No tengan miedo, pues yo vengo a comunicarles una buena noticia, que será motivo de mucha alegría para todo el pueblo. Hoy, en la ciudad de David, ha nacido para ustedes un Salvador, que es el Mesías y el Señor”* (Lc 2, 10-11); y no lo oiremos como una noticia vieja, de algo que sucedió, sino que conmemoraremos, haremos presente, ahora, ese gran acontecimiento.

Y en este domingo, la iglesia nos presenta la escena de la visita de María a su prima Santa Isabel, y la oración que ella dirigió a Dios, y que conocemos como el Magníficat, que significa “proclama” “engrandece”. Reflexionemos, en esta homilía, la primera frase de esa oración, especialmente en la virtud de la humildad.

El Evangelio de la Visitación finaliza con el *Magníficat*: *“Proclama mi alma la grandeza del Señor y se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva”* (Lc 1, 46-48) María, reconoce la poderosa acción de Dios en su vida porque ella no puso ningún obstáculo, sino todo lo contrario, fue dócil, abierta, y se presentó como esclava, servidora de quien todo lo puede. En esa misma oración, María dice: *“Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes”* (vv. 51-52).

En cambio, Santa Isabel, en su saludo, no hace otra cosa que cumplir la profecía que después dirá María. *“bienaventurada me llamarán todas las generaciones”* (v. 48). Santa Isabel la llama: *“Bendita tú entre las mujeres”* (v. 42) *“¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?”* (v. 43) *“Dichosa tú, que has creído”* (v. 45). María no se alaba así misma; es su prima Isabel, quien, inspirada por el Espíritu Santo, reconoce la grandeza de María.

¿Qué es la humildad?

La humildad es andar en verdad, como dice Santa Teresa de Jesús. Es ser y mostrarnos como realmente somos delante de Dios, y de los demás, y el ser modestos, sencillos y actuar con naturalidad. Nada tiene que ver con la mediocridad, pusilanimidad o la timidez.

El humilde **reconoce a Dios, como autor y fuente**, de todo lo que es, pues de él ha recibido todo, como dice el apóstol San Pablo: *“¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te alabas a ti mismo como si no lo hubieras recibido?”* (1Cor 4,7) Todo lo bueno lo ha recibido de Dios; **sólo pertenece a él sus propias limitaciones y pecado**.

Los sinónimos de esta palabra nos ayudan a comprender mucho más su significado, y lo simpática que es una persona cuando está adornada de esta virtud. El Diccionario de la Real Academia Española nos ofrece como sinónimos de este término: modestia, docilidad, recogimiento, recato, paciencia, moderación, timidez, vergüenza, suavidad, humillación, sencillez, llaneza, acatamiento, sumisión, obediencia. En cambio, **los antónimos** nos expresan lo antipática que es una persona no humilde: soberbia, orgullo, rebeldía, vanidad, altanería, altivez, arrogancia, jactancia impertinencia, insolencia, petulancia, presunción, engreimiento.

La humildad es muy importante en nuestra relación con Dios y con los hermanos. En efecto, dice la Sagrada Escritura: *“el Señor es excelso, pero se fija en el humilde”* (Sal 138,6); que *“resiste a los soberbios, pero concede su favor a los humildes”* (1Ped 5,5). A lo largo de toda la revelación se nos muestra como un Dios que se inclina sobre los pobres, los afligidos, los abandonados, y sobre aquellos que no son nada a los ojos del mundo. Todos ellos dejan que Dios actúe en sus vidas.

¡Debemos actuar como Dios actúo! Lamentablemente, nuestra tentación es la de hacer exactamente lo contrario de lo que hizo Dios: querer mirar a quien está arriba, no a quien está abajo; a quien le va bien, no a quien se encuentra en necesidad. Actuar con prepotencia y vanidad, mostrando nuestros talentos y capacidades, como si los hubiésemos conseguidos por nuestro esfuerzo personal.

Es tan importante la humildad, que San Agustín, una vez declaró: *“si me preguntan qué es lo más esencial en la religión y en la disciplina de Jesucristo, les responderé: lo primero la humildad, lo segundo la humildad y lo tercero la humildad”* ¿Por qué? Porque fue el camino elegido por el Señor para obrar la salvación del mundo.

El Señor me ha permitido, varias veces, visitar tierra santa. Es una bendición, pues es pisar y conocer las diferentes ciudades y lugares santos en los que estuvo Nuestro Señor Jesucristo. Al llegar a Belén, para visitar el lugar donde exactamente nació el Señor, uno se da cuenta que la Basílica tiene una puerta angosta y pequeña. El guía turístico siempre comenta que tapiaron una parte importante de ella para proteger el recinto sagrado de los barbaros que destruían todo lo que hacía referencia al cristianismo.

El Papa Benedicto XVI, en una de sus homilías, hace una bella reflexión al respecto: *“Quien quiere entrar hoy en la Basílica de la Natividad de Jesús, en Belén, descubre que el portón, que un tiempo tenía cinco metros y medio de altura, y por el que los emperadores y califas entraban al edificio, ha sido en gran parte tapiado. Ha quedado solamente una pequeña abertura de un metro y medio. La intención fue probablemente proteger mejor la iglesia contra eventuales asaltos, pero, sobre todo, evitar que se entrara a caballo en la casa de Dios. Quien desea entrar en el lugar del nacimiento de Jesús, tiene que inclinarse... si queremos encontrar al Dios que ha aparecido como niño, hemos de apearnos del caballo de nuestra razón*

ilustrada. Debemos deponer nuestras falsas certezas, nuestra soberbia intelectual, que nos impide percibir la proximidad de Dios. (Navidad 2012). Una gran lección nos dio este sucesor de los apóstoles.

A la humildad se opone la soberbia, es decir, el deseo de gloria desordenado. Santo Tomás llegó a decir que *“es la raíz y madre de todos los pecados”; y es mayor obstáculo que el hombre puede poner en su relación con Dios, su creador, redentor y santificador. Es la trampa que tendió el demonio a nuestros primeros padres “serán como dioses” (Gen 3,5)*

¡Qué difícil es vivir con un soberbio!, pues el soberbio:

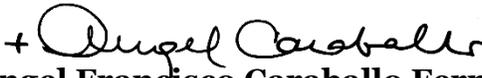
- Exigirá un trato especial, porque se cree distinto, con más dignidad.
- Es muy susceptible, cuando se le hace una corrección fraterna o, incluso, cuando se le sugiere algo.
- Quiere tener siempre la última palabra y su frase favorita: aquí se hace como yo digo.
- Le cuesta reconocer las virtudes de los demás porque las considera como una sombra para que la gente no reconozca las suyas. Por eso, a veces, usa el engaño y la mentira.
- No tiene verdaderos amigos. Suele elegir, entre sus amistades, a personas que lo adulen o lo reconozcan.
- Difícilmente, pide perdón a Dios (pues el mismo se cree Dios) y a los demás, porque sería “degradarse” y reconocerse limitado.
- Presume de bienes que no tiene y prefiere siempre el propio brillo, con desprecio de los demás.

Queridos hermanos, luchemos contra este pecado peligroso. Un autor espiritual nos habla del poder destructor de este pecado. Compara la vida espiritual a una gran ciudad y la soberbia a un tirano. Nos dice que la soberbia *“como un cruel tirano, se apodera de la ciudad, sublima de las virtudes, trastorna y destruye de una a otra parte la ciudad entera, abate luego hasta el suelo los altos muros de la santidad y los desquicia todo en su recinto. No deja subsistir en el alma que le está sujeta el más mínimo destello de libertad: ¡Cuánto más rica es su víctima, más pesado es el yugo de la servidumbre a que la somete! En fin, no cesa hasta asolarla por completo y dejarla desnuda de todas las riquezas espirituales” (Casiano)*.

Queridos hermanos, hagamos una buena elección; elijamos el camino de la humildad en nuestra relación con Dios y con los hermanos. Es el camino que eligió Jesús quien *“bajo de los cielos”, “a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría divina”, “se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos”* Es el camino que eligió María, que se puso a disposición de su Señor diciendo *“he aquí la esclava del Señor” (Lc 1,38) “ha mirado la humildad de su esclava” (v.48)*.

A ambos, el Padre los enaltecíó: A Jesús “lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp 2, 9-11). Y a María la llamamos bienaventurada, como ella misma profetizó en su canto: “desde ahora me llamaran bienaventurada todas las generaciones” (v.48).

Hagamos caso a Jesús, que nos dice: “porque el que se hace grande será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Lc 14,11). Así sea.

+ 
† Ángel Francisco Carballo Fermín
Obispo de Cabimas



Prot. 2024/270